(Núm. 1.)

ROSAURA LA DEL GUANTE.

RELACION

ae lo que sucedió en Sierra-Morena á una señora llamada Rosaura y á su amante don Antonio Narvaez, naturales de Córdoba

PRIMERA PARTE.

A olvidar tristes memorias
y á divertir pensamientos,
salí, pues, una mañana
cuando Abril de flores lleno
circunda con sus fragancias
los valles, montes y cerros.
Alegre yo caminaba
de un bosque por el sendero,
cuando me senté cansado
á orillas de un arroyuelo
que con sus puros cristales
al bosque sirve de espejo;
bien pronto ya reposado
íbame cogiendo el sueño,
cuando mi atencion llamó
un raro y extraño objeto
que arrastrado por el agua
deslizábase ligero.
Era un guante que cogí
y sacudí para verlo.

Encontrándole, ¡oh asombro!
todo de bordados lleno
con hilo de plata y oro,
y en un escudo un letrero,
que en letras gordas decia:
«SOY DE LA HIJA DE VENUS.»
Confuso quedé al mirarlo,
y discurriendo que el dueño,
mas arriba quedaria,
y que aquel pulido objeto
era prenda de mujer,
y de mujer de provecho,
seguí la fresca corriente
en su busca, con esmero,
cuando vi á muy pocos pasos
y á orillas del arroyuelo,
á una dama, que por bella,
mas que mujer era cielo.
Confuso quedé al mirar
un tan divino portento,
y escondido entre unas matas,
pude admirar placentero
su rico traje de seda,
su manto de terciopelo,
su sombrerito de raso
y la gracia de su cuerpo.
Mi curiosidad y asombro
aumentaban por momentos,
cuando observé que la dama,
el guante echando de menos,
se levantó caminando
á orillas del arroyuelo
hasta que llegó á mi lado,
y quitándome el sombrero
el guante la presenté
con palabras de respeto.
La dama en vez de admirarla,
miró á su espalda con miedo,
y con acento confuso,
y trémulo y macilento,
cayó á mis pies de rodillas.
exclamando:—Caballero,
si puede haber quien me ampara
hágalo usted por el cielo.
Yo la dije:—Hermosa dama,
poco valgo y poco puedo,
pero mande usted, que al punto,
la obedeceré. ¿Qué riesgo
la amenaza aquí? ¿qué teme?
¿por qué se halla, segun veo,
sola en el bosque? ¿quién pudo,
señora mia, ofenderos?
Y la dama suspirando
fijó en mí sus ojos bellos
y díjome apresurada
y con ademan inquieto:
—Nací en Córdoba, señor,
y es mi padre un caballero
noble, rico, pues posee
la encomienda de Carrero,
y tiene una hermosa quinta,
cuatro leguas poco menos;
de Córdoba, en estos montes,
y viniendo de paseo
yo sola, hace tres dias,
con un criado, el Averno
dispúso que en este monte
casi de repente viésemos
acercarse hácia nosotros
á un animal corpulento.
Era un oso que rugía
de satisfaccion al vernos,
porque su terrible hambre
saciar esperaba presto.
Yo dí un grito y vine á dar
desmayada en el terreno,
mientras el criado huía
del oso feroz corriendo;
pero ¡ay de mí! cuando Dios
me fué el sentido volviendo,
ví junto á mí los despojos
mortales de mi doméstico,
y al oso que me miraba
feroz, con ojos sangrientos

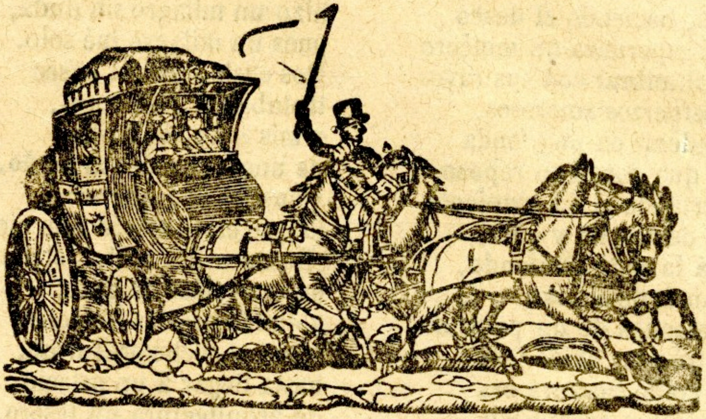
Creí morir, y mi alma
encomendé al Dios del cielo,
cuando ¡oh milagro divino!
cójeme el oso y ligero
huye conmigo á este bosque.
y dejándome en el suelo,
me presenta cariñoso
y manso como un cordero,
panales de miel y cera,
blancos, virginales, tersos.
Desde entonces, cuidadoso
él provée á mi alimento,
y solamente se enfada
cuando escaparme pretendo,
enseñándome sus dientes
y amenazándome fiero.
Esto es lo que me sucede,
y ahora por Dios á usted ruego,
que se aparte del peligro,
porque si el oso sangriento
vé á usted junto á mí, es seguro
que nos mata, caballero.
Tranquilizaos, señora,
la contesté: yo no debo
dejar á tan bella dama
abandonada. Yo tengo
buena escopeta, y mi brazo
no temblará en este riesgo;
puede usted, pues, sosegarse
y acompañarme, que presto
el monte habremos dejado
y á Córdoba llegaremos.
Y al decir estas palabras
echamos á andar ligeros,
cuando de pronto en el bosque
oyóse un ronquido fiero
y el oso salió cual rayo
que cruza el cárdeno cielo.
Yo me extremecí, y la dama
tembló, pues el oso, viendo
que huía su prisionera,
corrió hácia nosotros fiero.

—

dando rujidos de muerte,
las mandíbulas batiendo
Yo conocí que llegado
era el momento supremo,
y cogiendo la escopeta,
poniendo en Dios el deseo,
dando un tiron al gatillo
el plomo salió siniestro
y su ronquido ocultóse
en el encrespado pecho
del oso, que vió dos fuentes
de sangre teñir el suelo
y dió dos pasos, y al fin,
cae en tierra sin aliento.
Entonces la hermosa dama
me echó los brazos al cuello,
y agradecida á mi arrojo,
me dijo con tierno acento:
—Si usted es libre y no tiene
á quien amar, yo le ofrezco
mi mano y mi corazon
de este gran servicio en premio.
Yo agobiado de dicha
caí á sus plantas contento
y estrechando sus dos manos,
acepté su ofrecimiento.
Entonces dióme una cinta,
diciéndome al mismo tiempo:
—Tome usted en mi memoria,
esta cinta que conservo
para el que fuera mi esposo,
y si no quiere creerlo,
ella dirá la verdad
y quedará satisfecho.
Guarde usted tambien el guante
que encontró en el arroyuelo,
pues es posible que un dia
pueda usted valerse de ello:
si es usted cual me figuro
un cumplido caballero,
de esta aventura sabrá
guardar profundo secreto.

y mañana allá en mi quinta
esperaré á usted si puedo,
en una reja que tiene
el escudo de mis deudos.
Yo volví á jurarla amor
y á ofrecerla mis respetos,
cuando vimos acercarse
al monte unos caballeros
que eran, segun me indicó,
su padre, hermanos y deudos
que atribulados corrian
buscándola por el cerro.
Separéme á sus instancias
y la ví marchar bien presto
al lado de su familia
que lloraba de contento,
mientras confuso en el bosque
me quedé mirando al cielo,
como si en él ver pudiese
la dulce faz de mi dueño.
Al cabo de media hora
llegué á Córdoba contento,
y la cinta examinando,
ví que tenia un letrero
que decia en letras de oro:
«El que de esta fuere dueño
tambien será de Rosaura
esposo, si quiere el cielo.»
Quedé alegre con la cinta,
y una tarde, cuande Febo
en la vecina montaña
ocultábase ligero,
monté en mi potro brioso,
y marché donde mi anhelo
vivia, llegando en breve
dándome alas el deseo.
A un árbol até el caballo
y con prudencia y secreto
recorrí toda la quinta
hasta que ya quiso el cielo
mostrarme el balcon do estaba
de mi amor el dulce dueño.
al verla me extremecí
de alegría y de contento,
pero Rosaura llorando
me dijo entre sus lamentos:
—Si quiere usted ser mi esposo
y que nos bendiga el cielo,
sáqueme usted de mi casa
porque se ¡hados adversos!
que ha prometido mi padre
mi mano á un caballero.
Sombrío y triste escuché
tal noticia, y ya colérico,
iba á escalar el balcon
para salvar á mi dueño,
cuando la ingrata fortuna
su rostro me volvió negro,
y un criado de Rosaura,
al verme, fuese corriendo
á dar la noticia al amo,
y al punto se previnieron
los que estaban en la quinta
con palos y armas de fuego,
saliendo para matarme
como á un ladron, cual un perro.
Entonces me eché á la cara
mi escopeta, é hice fuego,
hiriendo á los dos hermanos
de Rosaura; y conociendo
que era ya cosa imposible
el salir con el empeño,
de libertar á mi amante,
me escapé de todos ellos.
Fuí donde estaba el caballo,
monté en él, y como el viento
camino tomé de Córdoba
llegando cansado y muerto
de pena, triste, agobiado
y el corazon de amor lleno
Quise volver á buscar
á Rosaura, pero el cielo
no quiso darme el placer
de ver su rostro tan bello

pues supe que enfurecido
su padre con el suceso
ya dicho, en oscura noche
la sacó con gran misterio
de la quinta y nadie supo
por dónde ni á dónde fueron.
Del modo que yo quedé
considérelo el discreto,
y en otra segunda parte
daré fin á este suceso.



PARTE SEGUNDA,

que trata cómo terminaron los sucesos amorosos de doña Rosaura con su amante don Antonio.

Ya dije en la primer parte
cuánto sufrió mi amor propio
al saber de mi Rosaura
el viaje misterioso.
Triste y cabizbajo estaba
sin comprender de qué modo
adquiriria noticias,
cuando ideé cauteloso,
comprar de un criado suyo
el secreto á peso de oro,
y supe por este medio,
(segun me lo dijo el mozo)
que á Madrid se la llevaron
pues su padre avaricioso,
proyectaba el casarla
con un caballero mozo
que era muy rico, y estaba
de ella enamorado, loco.
Al saber tales noticias,
prevéngome bolsillo de oro,
y en la fortuna fiado,
listo en camino me pongo,
y de Córdoba saliendo
llegué á Madrid presuroso.
Entré en la córte una tarde
quedándome triste, absorto,
al ver por sus anchas calles
tanta gente y alborozo.

porque buscar á Rosaura
en sitio tan populoso
era lo mismo que hallar
del Océano en el fondo
una aguja ó una concha
en su centro cavernoso.
En fin, haciendo el deseo
de mi esperanza un metéoro
para alumbrar con sus rayos
mis esfuerzos amorosos,
hospedéme en una fonda
en la que dormí en reposo,
dispertando al dia siguiente
lleno de alegría y gozo.
Salí á la calle corriendo,
examinándolo todo;
los balcones de un palacio
registré muy cuidadoso,
pues como Rosaura era
encanto tan prodigioso,
me pareció que en palacio
depositarla era poco.
Mi mala ventura quiso
que no viera á quien adoro,
por calles ni por paseos,
por edificios famosos,
ni en las casas donde pude
introducirme con modos.
Tres meses así pasaron,
¡meses de amargura y odio!
y ya iba á dejar la córte
de amor y de pena loco,
cuando pasé á despedirme
del lucero prodigioso
de Atocha, sagrada Reina,
Madre de Dios, Trino y solo.
Una tarde entré en su templo
á rezar por la que adoro,
y á suplicar á la Vírgen,
que si de Rosaura esposo
para mi bien, Dios queria
que fuese, viera mi gozo
cumplido, dándome medios
de encontrarla presuroso.
Esta peticion la hice,
y Dios que escuchó mis votos,
como oye los que le ruegan
con anhelo fervoroso,
hizo un milagro sin duda,
pues un milagro fué solo.
Dos coches por el paseo
trotaban á paso corto,
y mis miradas dirijo
de uno de los dos al fondo,
y sueños creí que eran
lo que en él vieron mis ojos;
¡Rosaura iba allí!... el alma
extremecióse de gozo,
y dando gracias al cielo
seguí al coche presuroso,
hasta llegar á un palacio
de arquitectura un tesoro,
y en su puerta, del carruaje
bajó Rosaura con todos.
Aturdido de alegría,
me acerqué á un portero, ansioso,
y preguntándole afable,
si aquella dama de rostro
bellísimo era de Córdoba,
díjome:—Señor, ha poco
que de Córdoba ha venido
esa jóven, aunque ignoro
su nombre, pero es sobrina
de mi amo el marqués de Soto,
y aquí ha venido á casarse
con un banquero famoso.
La noticia del portero
pagué con moneda de oro,
y triste al saber tal nueva
volví á mi cuarto lloroso.
Discurriendo el mejor medio
para hablarla, ideé de pronto
una intriguilla que amor
me aconsejó ingenioso.

Compré en una joyería
cuatro cintillos de oro
muy ricos, y un cofrecillo
de plata y de nácar todo.
Metí dentro los cintillos
y el guante que en el arroyo
perdió Rosaura, y la cinta
que en premio dió de rojo
cuando la libré e el monte
de ser víc a del oso.
Hecho así y resolviéndome
como buen amante á todo,
en el nombre de su padre
la escribí con sobre propio.
»Hija Rosaura, te envío
»cuatro cintillos de oro,
»y la cinta que me diste
»y el guante que en el arroyo
»perdiste hace tres meses,
»y en esa cajita todo
»te lo envío con su llave
»que te entregará ese mozo.»
No puse mas, y con esto
cerré la carta, y ansioso
llegué á casa de Rosaura,
y abrióme un paje donoso
á quien dije:—Amigo mio,
de parte de don Antonio
de Carrero, que reside
en Córdoba, traigo un poco
de recado á una señora,
y allá me dijeron como
residia en esta casa.
-Caballero, dijo el mozo,
no es posible en este instante
la hija de don Antonio
pueda usted r.—Por ahora,
le dije, deseo solo
que la deis esta cajita,
y que mañana á los ocho,
si algo desea decirme
para el señor don Antonio,
volveré, porque yo marcho
á Córdoba lo mas pronto.
Cogió el portero la caja,
y yo me volví gozoso
á la fonda, presintiendo
ser feliz de allí á muy poco.
Al otro dia, apenas
la aurora tiñó de rojo
el cielo, fuíme á la casa
del dueño que tanto adoro,
y poco despues la jóven
apareció ante mis ojos.
Pasmada quedó al mirarme,
salióle el color al rostro,
y me dijo:—Caballero,
doy á usted gracias por todo,
y á mi padre puede darle
mis recuerdos afectuosos,
y dígale que ejecute
todo cuanto aquí dispongo
lo antes posible, pues quiero
verme á su lado muy pronto.
Y al mismo tiempo con risa
que mi alma llenó de gozo,
dióme una carta cerrada
dejándome mudo, absorto:
fuíme de allí: en la calle
apenas me encontré solo,
leí la dichosa carta
que decia de este modo:
«Aunque en nombre de mi padre
me escribe usted, sin rebozo,
el guante y la cinta dicen
que es usted mi dulce esposo.
Ya que por medio tan sútil
ha conseguido, y no poco,
verme y hablarme, no ignore
el peligro que está pronto.
Mañana ha de celebrarse,
sepa usted, mi matrimonio
con el hombre que no amo,
que es de mi tio el apoyo;

pero ya que en el arroyo
juré no admitir esposo
mas que á usted, y mi ternura
á usted pertenece solo;
espero á usted esta noche
á las doce, cauteloso,
y en una reja que tiene
dos palmas, le espero pronto,
pues esa reja que digo
es de mi retiro propio.
De tres varas una cuerda
traerá usted, pues es forzoso
que baje desde el balcon,
y aunque el riesgo bien conozco,
prefiero morir en él
á ser víctima del oro
y esposa ser del banquero
á quien aborrezco y ódio.»
Al leer esta misiva
creíme ya volver loco,
y obedeciéndola ciego,
sus instrucciones en todo,
compré la cuerda, y despues
de amor palpitando y gozo,
cuando ya la media noche
daban los relojes todos,
fuíme á casa de mi bella,
hice la señal, y á poco
salió al balcon mi Rosaura
pidiéndome el envoltorio
de la cuerda, y la arrojé,
la sujetó bien y pronto;
y con valor admirable,
y con denuedo animoso,
por ella bajó atrevida,
y en mis brazos ya gozoso
la recibí delirante,
marchándonos de allí pronto,
al otro dia salimos
para Córdoba briosos;
y un mes despues el obispo,
como padre cariñoso,
enterado en sus detalles
de nuestro amor tan heróico,
mandó que nos desposaran,
lo que fué hecho bien pronto,
aceptándome por hijo
poco despues don Antonio,
con lo que felices hoy
vivimos reunidos todos.

FIN.

COL·LECCIÓ
Manuel Massó